

La calle  
Diario de un espectador  
Turangalila  
por miguel ángel granados chapa

para el martes 12 de junio de 2007

Por un grueso error que nos apresuramos a corregir, dijimos ayer, al hablar del concierto de la Orquesta filarmónica de la Universidad nacional, que no quedaba claro si Oliver Messiaen había integrado ex profeso las ondas Martenot en su Sinfonía Turangalila, o si las había incorporado al estrenarla en la sala Nezahualcóyotl el director Carlos Miguel Prieto. No quedaba claro sólo para un distraído como este espectador. El programa de mano abunda en información acerca de las previsiones sobre el uso de ese instrumento en la composición misma:

“La obra fue encargada en 1945 a Messiaen por la Fundación Koussevitzky para la Orquesta Sinfónica de Boston, y el compositor trabajó en la partitura entre julio de 1946 y noviembre de 1948. Además de una orquesta enorme y diversificada, Messiaen plantea en esta deslumbrante obra sendas partes de cualidades solistas para el piano y para las ondas Martenot, instrumento eléctrico con el que tenía una particular afinidad. Al sonido poderoso y brillante de cinco trompetas, Messiaen añade, en la sección de percusiones una combinación de glockenspiel, celesta y vibráfono que cumple las funciones de un gamelán balinés”

Por otro lado, se enlistan, “en la Sinfonía Turangalila, entre muchas otras cosas dignas de mención, los siguientes elementos recurrentes:

1. Un intervalo de tercera asignado a los trombones y la tuba.
2. Un breve motivo en dos partes, para dos clarinetes.
3. Una larga melodía par las cuerdas y las ondas Martenot.
4. Una singular sucesión de acordes utilizada como contraste de sonoridades”.

En fin, en una cita del biógrafo de Messiaen, el compositor y musicólogo francés André Boucourechliev se menciona de nuevo el singular instrumento:

“La Sinfonía Turangalila representa una síntesis de estilo del primer periodo de Messiaen. Los contrapuntos rítmicos son empleados en una escala de tiempo considerablemente expandida. La armonía se expande sobre vastos campos, tanto horizontales (con desarrollos y transformaciones muy progresivos) como verticales (un lenguaje instrumental considerablemente ensanchado). En la lujosa orquestación las técnicas de mezcla producen sonoridades poco usuales, a las que las ondas Martenot hacen una contribución significativa. El estilo expansivo de esta obra, así como su impacto inmediato, la han convertido en una de las obras más populares de Messiaen, a pesar de su larga duración y su enorme complejidad.”

El público de la Ofunam, tanto más cuanto que en el podio se hallaba el carismático Carlos Miguel Prieto no sólo transitó por esa “larga duración “ y la “enorme complejidad” de la obra con recogimiento sino que lo convirtió en alborozo al concluir la sinfonía. El título de la pieza —formado por el autor con dos palabras en sánscrito: turanga y lila— fue compuesto para dar a entender que la obra “es una canción de amor, un himno de alegría, y en ella está implícita igualmente la dialéctica vida-muerte” En ambas vertientes, la de la brillantez y la de la profundidad fue notoriamente apreciada la obra de Messiaen en su interpretación mexicana.

Prieto se desplaza con profesionalismo y soltura en su espacio natural, la sala Nezahualcóyotl. En ella fue el oficiante principal del Festival Mozart Haydn, durante cinco años consecutivos. Y en ella dirige la Orquesta sinfónica de minería, de la que es titular y al frente de la cual reaparecerá en tres semanas más. Prieto es titular también de la Orquesta sinfónica de Xalapa y las de Louisiana y Huntsville. Tal vez esa carga de trabajo haga impensable que lo fuera de la Ofunam, si se trata de elegir un director mexicano, puesto que, si como los anteriores viene de fuera el que mayor muestra ha dado de identificación con la orquesta es Ari Ostrovsky.

En fin, eso ya se verá.